

num.

77

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

agosto

23

1928

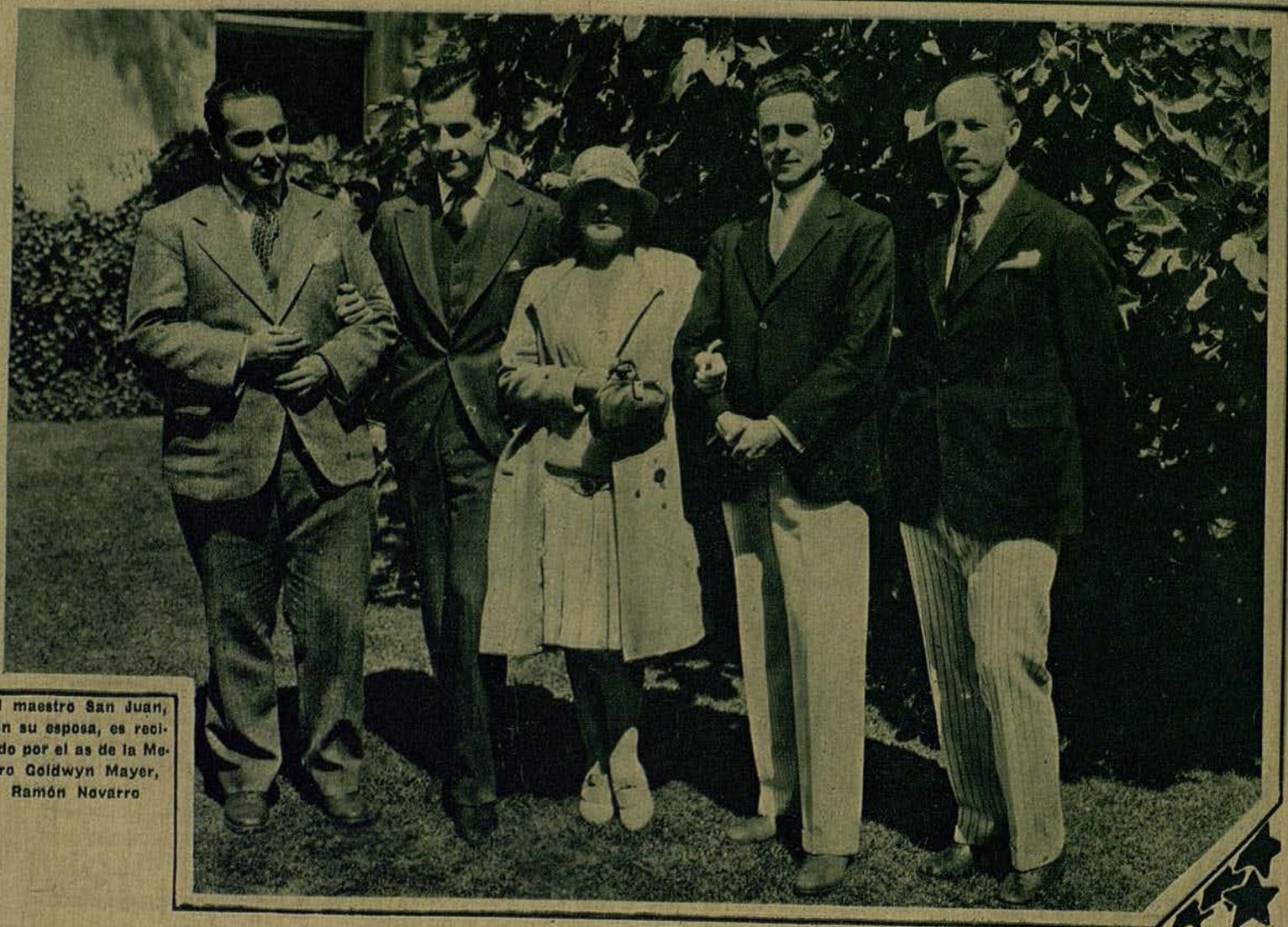
El Día Gráfico



El eminente actor alemán Emil Jannings, que en la próxima temporada actuará en varias producciones Paramount



Buster Keaton, actor de la Metro Goldwyn Mayer imitando a Jonás, en una de sus últimas películas



El maestro San Juan, con su esposa, es recibido por el as de la Metro Goldwyn Mayer, Ramón Navarro



Nuestra compatriota Maria Alba (María Casajuana), con Lionel Barrymore, en una escena de la película que está filmando para Fox Film



Elvira de Amaya, que pasa del escenario a la pantalla, interpretando el papel de protagonista de «La última cita», de la Nacional Gaumont

Las "estrellas" ante las cuartillas

LA TRAGEDIA DE SER COMICA

Por CONSTANCE TALMADGE

El ser cómica es un negocio y por serlo tiene que tratarse con todo cuidado y seriedad. Tiene sus sistemas lo mismo que cualquier otro negocio, con sus reglas y formalidades, sin mencionar los gastos imprevistos, las piernas y brazos rotos, las caídas de lugares demasiado altos, y un sinnúmero de contratiempos aparte completamente de todo lo previsto en el argumento.

La imaginación del comediante no está tan desocupada como parece, pues cuanto mejor es una película, más escenas y más situaciones inverosímiles guarda para nosotros.

Para encontrar material cómico para nuestras producciones, debemos estar siempre dispuestos a observar todos los detalles de la vida que puedan sernos útiles. Recuerdo que en cierta ocasión me incorporé a un grupo de gente que contemplaban las maniobras de una bomba de incendios al mismo tiempo que seguían curiosamente los progresos del fuego. En el segundo piso del edificio incendiado, había una sastrería, en cuya ventana dos maniqués sonreían graciosamente contemplando el incendio que les rodeaba.

Cuando las llamas les alcanzaron continuaron impassibles, inconscientes del peligro que les amenazaba, lo que formaba un contraste verdaderamente cómico, pero sólo hasta el momento en que las llamas empezaron a destruirlos, llegó a ser un espectáculo verdaderamente horrible.

Otra vez, ví a un hombre viejo, miserablemente vestido, llevando por la Quinta Avenida una hermosa mujer, en cuya rubia cabeza brillaban grandes brillantes, con la boca delineada con el más caro de los carmines y con la faz resplandeciente de felicidad. Se trataba de un busto de peluquería, pero el contraste era también por demás cómico.

Por supuesto que es muy difícil señalar dónde y en qué ocasión falta un pequeño detalle burlesco.

Unas de las cosas más desagradables del trabajo del comediante, es el terrible miedo que se apodera de uno, pues en seguida se pregunta a sí mismo: «¿es esto cómico en realidad?», «¿hará reír al público?»

Es muy difícil hacerse uno mismo completo cargo de la comicidad de sus acciones, nunca hay seguridad completa del efecto de lo que se está

haciendo, en tanto que en las situaciones dramáticas, como grandes escenas de amor, excitantes rescates, momentos de acerbo sufrimiento, etcétera, en casi todas ellas puede juzgarse sobre seguro. Aun cuando el estilo de las películas, tanto en el desarrollo como en el argumento ha cambiado muchísimo, el público siempre ríe con las mismas cosas, pues son algo elemental en el fundamento de las situaciones cómicas. Ya se las puede disfrazar, ponerlas en ambiente moderno, desorientar con largas frases, que, sin embargo, el comediante experto siempre las conoce. ¿Puede haber algo más obvio que un hombre vestido con traje de etiqueta que de pronto se cae en la nieve, o una silla que se ha movido sin que el que se va a sentar en ella se percate de ello? ¿Hay algo más sutil que la escena de «El guarda», de Molnar, cuando el marido se encuentra que su plan tan cuidadosamente elaborado no ha conseguido engañar a su mujer, y el triste apuro en que se halla provoca innumerables carcajadas? Y lo más trágico de todo esto, es que casi siempre la base es la derrota del protagonista.

En tiempos pasados, Weber introducía sus dedos en los ojos de Fildes, y el público reía. Ahora conseguimos nuestro objeto con medios más estudiados, pero casi siempre con el mismo fondo.

Cómicos como Charles Chaplin, Buster Keaton, Harold Lloyd y Harry Langdon, han logrado labrarse un lugar en el Hall de la Comedia, repitiendo sus gestos y acciones. Chaplin es siempre el mismo vagabundo, y cuanto más desgraciado, pisoteado, herido por la vida y por los que le rodean, más cómico parece a quienes le observan, sentados tranquilamente en el patio de butacas.

Buster Keaton, el de la faz impávida, parece que siempre tenga el mundo entero en contra de él, y cuanto más desesperada es la expresión de su cara, más y más provoca las carcajadas.

Harold Lloyd, siempre se encuentra envuelto en situaciones inverosímiles, en las que su vida depende de un cabello, y cuanto más cerca se halla del desastre, más entusiasmo a los que probablemente no serían capaces de matar una mosca.

Harry Langdon muestra siempre

su cara de niño inocente a quien le suceden cosas horribles, y en todos los casos el público puede simbólicamente verse a sí mismo, reírse comprensivamente y al final comprobar con satisfacción que todo termina bien para el pobre desgraciado.

La gente se pregunta muchas veces, por qué hay tan pocos artistas en Hollywood que se dediquen a la comedia, pues aun cuando hay docenas de comediantes, son muy pocas las mujeres que han alcanzado el rango de estrellas. Y es muy posible que esto dependa de la necesidad de ser un poco ridículos para llegar a lograr buenos efectos, por lo que muchas mujeres rehuyen el ponerse en el caso de que se rían de ellas, por muy buena que sea la causa, y procuran, en cuanto pueden evadirse de esta clase de comedias.

De todas las mujeres bellas e inteligentes que han atravesado por las variadas películas cómicas de Los Angeles, sólo dos o tres han sido constantes en la idea de llegar a ser estrellas cómicas, y probablemente soy la única en Hollywood, que no he soñado nunca con interpretar a «Julietta» o a «Lady Macbeth».

Una comedia femenina debe ser cuidadosamente estudiada, pues la sutilidad es uno de los factores más importantes, de mucha más importancia de que suele tener en otro género de producciones cinematográficas, pues el más ligero énfasis, hace que las situaciones cómicas se conviertan en burlescas. Debe tenerse un cuidado especialísimo en graduar los detalles para que no pierdan su tono adecuado y es verdaderamente mucho más fácil dejarse llevar de los sentimientos, dando rienda suelta a las emociones contenidas, que tener que reprimirse para dar tan sólo

Cuando trabajo en una película, no suelo tener reglas fijas, siendo por supuesto una de las cosas que más facilitan el trabajo el que casi siempre el ambiente que nos rodea es cómico, pues la mayoría de los que están relacionados con ella, están influenciados con el espíritu de la obra.

Una de las cosas más notables de mi hermana Norma en su profundidad, tiene una capacidad enorme para el trabajo y todo lo ejecuta con un celo ardiente, por lo que hasta las co-

sas más insignificantes de la vida, toman una apariencia especial en cuanto se relacionan con ella, a causa de que todos los que la rodean no pueden menos de sentir la influencia de su espíritu. Esta estupenda energía es más notoria cuando se observa a Norma en el Estudio.

Olvida completamente el lugar y el tiempo y se entrega tan por completo al papel que desempeña, que le vive verdaderamente. Yo no puedo trabajar así. Se debe siempre recordar que hay tanta emoción en una comedia como en una tragedia, indudablemente de índole muy distinta, pero es igualmente una emoción. Y en las comedias que yo hago, que pueden ser llamadas sofisticadas historias de la vida moderna, uno no puede ser impulsivo si quiere ser cómico, pues hay sutiles graduaciones de humorismo que deben ser recogidas por la cámara y ésta no recoge más que el cincuenta por ciento de lo que los ojos pueden ver.

Todo estos detalles tienen que estudiarse antes y luego olvidarlos si se quiere ser un buen comediante, en otras palabras, hay que ser espontáneo como el orador que después de un banquete, asegura que las frases que va a pronunciar son improvisadas, después de que ha necesitado varias semanas para su cuidadosa preparación.

En la clase de obras a que yo me dedico, los efectos descansan principalmente sobre las debilidades de la naturaleza humana. El público entero ríe cuando en mi película «La Novela de una Noche», a fin de detener al hombre a quien amo, convenzo a mi padre de que arroje por una ventana el contenido de una regadera para simular una lluvia, y al notar que el cuarto tenía otra ventana por la cual se veía la resplandeciente luna, trato precipitadamente de bajar un visillo, consiguiendo tan sólo que del tirón se cayera todo al suelo, con lo que todo se descubre, yo permanezco llena de confusión y el teatro entero se ríe de mí.

En «Su hermana de París», voy a un restaurant con mi marido, que cree que soy mi hermana gemela, famosa bailarina, y al entrar en él, el público, confundido, me tributa una ovación, y yo, olvidando que ocupo el lugar de mi conocida hermana y queriendo parecer tan satisfecha como los demás, me uno a los aplausos, colocándome en una situación altamente ridícula y patética... combinación siempre irresistible para provocar la risa.

En mi última película «La Venus de Venecia», soy un bandido de gondolas, y cubierta de harapos y perseguida por la policía, me introduzco en un dormitorio de un hotel en el que hallo elegantes vestidos de última moda, y poniéndomelos tranquilamente, descendo por la escalera, directamente hacia la policía, que me saluda respetuosamente sin la menor sospecha por mi personalidad. Pero mi primera acción es dirigirme al comedor, donde, desgraciadamente, me siento cerca de la dueña de los vestidos, que al verme dice a su compañera:

—No se puede nunca confiar en estas modistas francesas, Fleurette me aseguró que mi vestido era un modelo exclusivo, y esa muchacha lleva uno idéntico!

Por supuesto que estos refinamientos de comicidad, que son los que hacen verdaderamente las altas comedias, tienen horribles reflejos en la vida privada, pues hasta en las más desagradables situaciones, siempre veo algo cómico para poder utilizar en mis películas, y es sinceramente algo trágico el ver siempre el lado burlesco de todas las cosas. Especialmente mis amigas, siempre vienen a mí en espera de explosiones de alegría y nadie me toma en serio... incluyéndome a mí misma, por lo que hay momentos en que lo cómico me parece algo más horrible que todos los horrores de Rusia.

El día de los funerales de Rodolfo Valentino, volví a mi casa con el corazón dolorido, acababa de verle en la caja y aún resonaban en mis oídos los sonos de la «Marcha Fúnebre», de Chapin, pero al llegar encontré a una mujer que me esperaba para leerme una comedia, y en tanto ella reía ruidosamente con los incidentes que en ella se desarrollaban, yo sentía el corazón oprimido, hasta que sin poderle remediar, me deshice en lágrimas, y estoy segura que desde aquel día aquella mujer opina que estoy loca completamente.

No es siempre tan agradable como parece esta suerte de ser cómico. Francia la apreció en lo que vale, cuando condecoró con la Legión de Honor al trío Fratellini. Estos clowns habían recorrido Europa entera, y eran admirados en todos los países que habían visitado. Francia, considerándolos como soldados de la

Alegría, concedió a los tres hermanos la cruz de la Legión de Honor, y por orden del Gobierno, el ministro del Interior, escribí a los tres clowns elevados a esta singular dignidad, lo siguiente:

«Os felicito calurosamente en nombre de los pequeños niños de París, en quien sois la alegría, y también en nombre de los padres, esos niños grandes a quienes llamamos hombres.»

En el pasado mes de noviembre, una academia de clowns se abrió en Moscov, cosa no tan absurda como a primera vista parece, pues el público es gran entusiasta de los clowns, y la pareja Bim y Bom, ha hecho durante gran número de años, las delicias de grandes y chicos. En esta academia habrá los siguientes cursos:

Primero. Declamación.

Segundo. Representaciones de asuntos literarios, políticos y satíricos.

Tercero. Efectos musicales humorísticos.

Cuarto. Cultura física y proezas cómico acrobáticas.

Quinto. Instrucción de la política y chistes inteligentes e ingeniosos sobre el mismo tema.

Por lo que se puede ver que en Rusia se empieza a tomar en serio el humorismo.

Voltaire dijo:

«Si la naturaleza no nos hubiera hecho un poco frívolos, seríamos todavía más desgraciados... considero la solemnidad como una enfermedad.»

Y yo he tomado esta frase como mi lema, aunque no es muy fácil ponerlo en práctica, pues una de las cosas más difíciles es estar alegre durante la filmación de una película cómica.

Actualmente preparo mi primera producción independiente, para Los Artistas Asociados.

La mayoría de los artistas son sensibles como un violín, y sólo se les puede hacer trabajar con sentimiento cuando se tiene en cuenta esta condición.

Un director que sea nervioso, excitable y temeroso de todo, no debe nunca dirigir a un comediante, porque (no puedo menos de recalcarlo de nuevo) estamos sujetos a la atmósfera que nos rodea, y plenos de deseos de hacer sentir lo que sentimos y no hay nada más peligroso que herirnos con una crítica severa.

Después de todo, un director de películas es una especie de director de orquesta, que tiene el poder de hacer resaltar el tema con mayor intensidad, y para conseguir el mejor fruto del trabajo de un comediante hay que estar contento, pero con alegría del corazón.

Hay humorismo en todo, lo mismo que en todo hay siempre algo de tragedia. El Príncipe Troubetskoy, dijo en cierta ocasión:

«Es una tragedia no tener una tragedia.»

Pero yo pienso que es una tragedia no tener una comedia.



LARRY KENT

Retrato de una actriz

Está casada y tiene dos hijos. Uno de ellos es adoptivo. Dotada de una hermosa voz, nunca ha llevado a cabo un número Vitaphone. Los representantes de las máquinas parlantes Víctor, le rogaron el año pasado que cantara para sus placas, pero ella no dejó que sus agentes de publicidad dieran a conocer este hecho. «Vanity Fair» la pidió permiso para publicar fotografías de algunas de las figuras esculpidas por su mano, pero rehusó por considerar que el interés se concentraría en ella en lugar de fijarse en los objetos.

Estudió durante algún tiempo en el Art Institute de Chicago y los 24 carteles de sus películas han sido trazados. Recientemente ideó un nuevo negocio por medio de la radio que aumentará sus ingresos, que ahora son verdaderamente grandes.

Nació en Chicago y su marido desciende de una antigua familia. En 1925 se casó. Sus estudios preliminares los cursó en Florida y Puerto Rico. Su padre era agente de transportes del Ejército de los Estados Unidos. Su primera aparición en público la hizo en Key West; más tarde trabajó como «prima donna» en una ópera representada por su colegio en San Juan de Puerto Rico. Conoce algo del español y el alemán y habla el francés muy bien.

Una vez hizo un film en un ambiente napoleónico. Louis Wilson es una de sus mejores amigas.

Deseaba ser cantante de concierto y un empresario probó su voz y le aconsejó que estudiara con cierto maestro de Los Angeles. Cuando llegó a la Costa, Mack Sennet la vio antes que el profesor de canto. Tiene un título pero los agentes de Prensa no lo mencionan nunca, autorizados por ella. Su verdadero nombre es muy conocido. Tomó parte en la filmación de «La novia de Pullman», de Mack Sennet.

En el año 1926 se convirtió en miembro—propietario de la compañía de Los Artistas Asociados. Sus ojos son muy grandes y azul-grises. No es alta, pero no lo parece, pues casi siempre usa trajes entallados y muy ajustados vestidos de noche.

Ultimamente fué vista en una película en la que lucía un vestido de terciopelo negro, con el que, según dijo a su director, no se atrevía a sentarse.

Tiene una casa en Beverley Hills, y el Mayor Will Rogers, la mencionaba en su Dodge, escrito por George Ade. Le gusta mucho que haya pocas personas. Copiar la Naturaleza es una de sus mayores delicias, y sabe como se dispara un fusil. Ahora está en Nueva York.

Hizo un film cuyo motivo era la intolerancia, y fué el principio de su carrera dramática. Ahora está decidiendo que film hará primero. Su última producción, se ha presentado

en el United Artists Theatre de Nueva York, después de «Los caballeros las prefieren rubias», y cree que debe ya haberse comprendido de quién se trata. Trabajó para Sennett, Essanay, DeMille, Triangle y Paramount, antes de unirse a Los Artistas Asociados. Su cabello fué cortado, pero ahora ya se le permite crecer. Lionel Barrymore es uno de los actores de su nueva película y otra importante figura del elenco es un director que trabaja por primera vez, desde que caracterizó a John Wilks Booth en «El nacimiento de una nación».

En toda la producción, no luce ningún vestido hermoso. Una de sus mejores películas, «El colibrí», ha sido superada, según ella, por esta última y así opinan también numerosos críticos. Su cabello es castaño oscuro y W. Semerset, escribió la novela sobre la que está basada su nuevo film. El adjetivo de «gloriosa» le ha sido aplicado y ella recuerda los nombres de los periodistas. Una llamativa sombrilla y una piel oscura, son los principales componentes de su indumentaria en la nueva película y

uno de sus hijos, aparece en un rol, de muchacho y en otro, en uno de muchacha. En la película no está casada. La novela en que ha sido basada es muy conocida. Fué publicada primeramente en el «Smart Set» cuando este magazine, era editado por un joven de Nueva York, y otro de Baltimore. El de Nueva York se llamaba George Jean Nathan y el de Baltimore, H. L. Mancken. Le gustaría representar hasta el fin de sus días este papel, lo mismo que Charlie Chaplin caracterizaba al vagabundo, y Mary Pickford a la cenicienta.

Cada dos años, poco más o menos, viene a Europa, y su marido hace el viaje más amenuado, a fin de renovar su pasaporte. No se interesa en la política y lee varias novelas modernas a la semana. Fué hace algunas semanas a Brooklyn, donde ayudó a Sannat Claus a vender los sellos de Christmas. El carácter que representa esta película es el de un paria social.

¿Quién es ella? No era necesario llegar hasta aquí para saberlo. Hay docenas de indicios que lo demuestran. Sí, es Gloria Swanson.



WILLIAM HAINES.

SANDRA MILOVANOFF

Ex bailarina imperial y "estrella" de cine

Han pasado diez años desde que Sandra Milovanoff, joven bailarina del Teatro Imperial, de Moscú, abandonaba esta ciudad cubierta de cadáveres, impotente para acudir en socorro de sus familiares, muchos de los cuales han muerto, y a los que tuvo que abandonar a su triste suerte y a los horrores de una revolución, como no se registra otra igual en los anales de la historia.

De un solo golpe perdió Sandra su marido, su casa y su arte. Tiempos atroces aquellos, de los que todavía guarda una visión imborrable de horror, allá en el fondo de sus inmensos ojos claros, ligeramente oblicuos, que parecen indicar lejanos antecedentes asiáticos.

Ha guardado también ese tono lánguido, peculiar a las mujeres de su raza, con intervalos, no obstante, de palabras duras, punzantes, que resuenan en nuestros oídos como el redoble de un tambor, como el choque metálico de un tam-tam.

Sandra toma la palabra. Es la hora del té, esa hora entre malva y rosa tan frecuente en estas primaveras, delicadas, armoniosas, de las que parece que París posea la «exclusiva», a los postreros rayos de este sol vespertino, resaltan más, mucho más, haciendo un gracioso contraste, su rubia cabellera, semejante a un fulgente casco de oro y sus movimientos de una languidez felina...

—Después de la revolución, era

preciso vivir, pero no en Rusia. Parecía como si de un solo golpe, saturados de espanto y de disgusto, nos hubiéramos arrancado las fibras, el sentimiento que nos retenían en nuestro país, tan rudo y tan hermoso. Fui primero a Alemania, después a Inglaterra, como una pluma a merced del huracán; ni sabía dónde iba, ni me importaba. Bailé muy poco y descansé mucho. Después, algo misterioso me impulsó, sin yo darme cuenta, hacia la dulce Francia, tan acogedora y tan caritativa con los desgraciados. Por fin llegué hace ocho años y ya puede decirse que mi residencia la he fijado en París, y puedo asegurar que de aquí ya no me moveré: ¿Qué voy a buscar que aquí no tenga? En Francia he encontrado lo que en otro tiempo perdí: trabajo halagador, amigos seguros, camaradas encantadores, un marido afectuoso y bueno y, para colmo de alegría, de allí es mi hijita, una muñeca de tres años a la que consagro mi vida entera. ¿Qué iría yo a buscar a mi lejana Rusia, tan querida por mí, y que tanto daño me ha causado?

—Pero hemos venido observando que en estos últimos años, ha abandonado usted un poco el cine...

—Sí, a decir verdad, he estado bastante alejada de la pantalla, provisionalmente, por razones que nada tienen que ver con este arte, que es al que con mayor ahínco me dedico, más todavía que a la danza.

No obstante, he «rodado». «La condesa María» que se proyectó en casi todos los salones de París. Los interiores han sido ejecutados en esta ciudad, pero fuimos a España para los exteriores, y he conservado de mi estancia en aquel país el mejor y más embriagador de los recuerdos. Ahora creo que empezaremos muy pronto «Mónica, la muñeca francesa», con Maurice Glezie. Es este un «metteur en scène» muy amable y muy inteligente, que conoce perfectamente el arte de emplear sus intérpretes hasta el máximo de sus cualidades y con el mínimo de sus defectos. Me gusta mucho trabajar con él.

—Naturalmente, usted hará la «muñeca»...

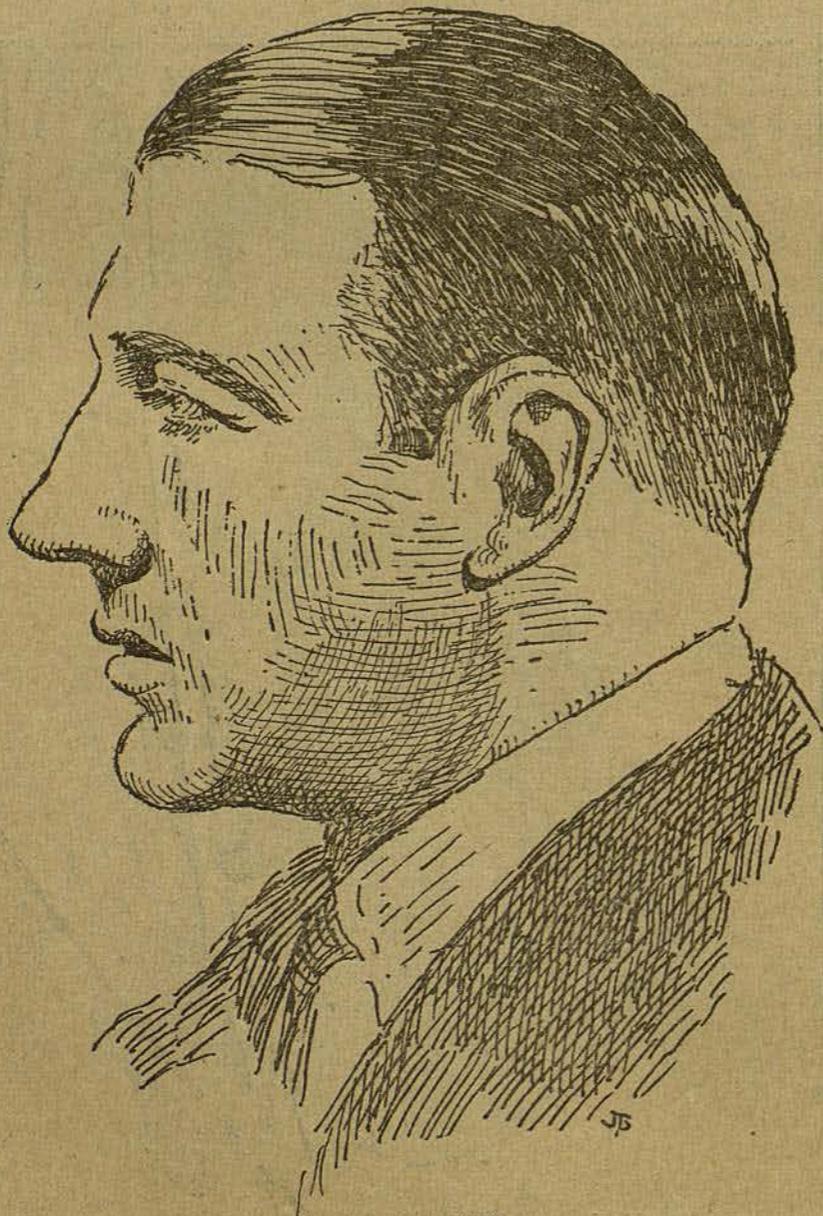
—Sí, o por lo menos intentaré desempeñar ese papel...

Sandra mira pensativamente, como sin verla, la columna de vaho que se desprende y sube ligera de su taza de porcelana.

—¿Qué graves pensamientos la preocupan?

—¡Todo lo que he de hacer! Es preciso que hoy sin falta pase por casa de mi modista. En seguida debo volver a casa, porque tengo invitados esta noche y les preparo una sorpresa, y no quiero que el tiempo me sorprenda a mí y me gaste una broma un poco pesada. ¡Estaría bonito que la dueña de la casa no tuviera todo dispuesto a tiempo!

Sandra Milovanoff ha sido, a no dudarlo, «la más rusa» de las «vedettes» francesas, pero podemos asegurar, sin temor a equivocarnos que ha llegado a ser la más parisien de las estrellas rusas del cine.



OLIVE BROOK

Samuel Goldwyn, Co-proprietario de los Estudios de Los Artistas Asociados

Ronald Colman y Vilma Banky, empezarán su carrera como estrellas individuales en los Estudios de Los Artistas Asociados en Hollywood, en escenarios cercanos a los de Mary Pickford, Norma Talmadge, Douglas Fairbanks, John Barrymore, D. W. Griffith y otros Artistas Asociados. Samuel Goldwyn, productor de las películas en las que estos artistas aparecían juntos como estrellas, acaba de comprar considerables intereses de la United Artists Studio Corporation, y anuncia que trasladará todas sus huestes a Hollywood desde Vulver City, donde Mr. Goldwyn ha producido su última película en los Estudios DeMille.

Mr. Goldwyn anuncia desde Hollywood que va a abandonar su actividad productiva en los lugares arrendados a Cecil B. DeMille y donde hizo «Flor del desierto», «Venganza gitana», «La danzarina sagrada», «La llama mágica» y «Aventura pasional». La United Artists Studio Corporation, ha dedicado 200.000 dólares para los nuevos escenarios, equipos y oficinas adicionales para el uso de Mr. Goldwyn. Recientemente el productor independiente, fué unánimemente elegido y aceptado como miembro-proprietario de la United Artists Corporation, Compañía distribuidora de películas.

La Compañía de Goldwyn, se trasladará el primero de abril a los Estudios de Los Artistas Asociados para empezar la preparación de las primeras películas que como estrellas separadas harán Mr. Colman y Miss Banky. Mr. Colman está en la actualidad en Inglaterra y Miss Banky se encuentra en Hungría visitando a sus familiares, pero ambos estrellas se hallarán en Nueva York, para asistir al estreno de la última producción en la que aparecen juntos, titulada «Aventura pasional» y que tendrá lugar en el Embassy Theatre a fines de marzo.

Debido a la adquisición de intereses por Mr. Goldwyn, los ampliados Estudios de Los Artistas Asociados, serán uno de los lugares más consistentemente activos de Hollywood.

¡Alerta, aspirantes!..

Samuel Goldwyn y su esposa, Frances Howard, han salido para Europa a bordo del «Berengaria», a fin de descubrir el viejo continente algún ignorado talento cinematográfico, pues necesitan encontrar nuevos compañeros para Vilma Banky y Ronald Colman, que trabajarán separadamente, después de su última producción, «Dos amantes».

«Se me pregunta por qué voy a Europa a buscar talentos»—declara Mr. Goldwyn—. «Yo creo que esta razón se basa en la historia de todas las grandes estrellas cinematográficas que ahora tenemos. Sólo con dos o tres excepciones, los más importantes artistas han venido de lugares donde nadie se figuraba encontrar estrellas cinematográficas. Broadway y

Rumbo a Europa

El director Sidney Franklin, que acaba de firmar un nuevo contrato por cinco años con Joseph M. Schenck, cabeza visible de la Art Cinema Corporation, saldrá para Europa, a fin de estudiar obras y novelas europeas, para que sean filmadas por las unidades productivas de Los Artistas Asociados.

A su vuelta a América, Mr. Franklin dirigirá «Al Este del sol Poniente» para Los Artistas Asociados.

el teatro legítimo pueden tener una gran cantidad de ellas, pero yo lo dudo, como también dudo de que Europa esté rebosante de talentos por descubrir. Voy a juzgar por mí mismo y en la busca de hallaré más satisfecho que en una cacería por Broadway en pos del ignorado talento».

Ronal Colman y Vilma Banky, en «Dos amantes», en el Embassy Theatre

Samuel Goldwyn presentará en el Embassy Theatre, a Ronald Colman y Vilma Banky en «Dos amantes», película basada en una novela de la baronesa Orzcy, titulada, «Leatherface», dirigida por Fred Niblo.

«Dos amantes», será la última película en la que Mr. Colman y Miss Banky aparecerán juntos, según ha notificado Mr. Goldwyn, añadiendo que a su regreso de Europa los dos artistas trabajarán como estrellas, separadamente.

Miss Banky, con su esposo Rod la Rocque, llegará próximamente a Nueva York, donde permanecerá breves semanas antes de partir para Hollywood.



LEATRICE JOY

RODANDO EL FILM

Gestos máximos y gestos mínimos...

(Conclusión)

Resumamos antes de seguir adelante. Hemos hecho una afirmación respecto al gesto cinematográfico: la de que, a través de su historia, hay una tendencia hacia el minimum, presidida por esta fórmula: logro del máximo a base del mínimo gesto.

Y estudiando los principios del arte cinematográfico, estrechamente unidos a la técnica teatral, concluimos la siguiente conclusión: gesto amplio, arte teatral; gesto mínimo, cinema puro.

Para llegar a la demostración de la afirmación primera y de la ecuación segunda, nada como proyectar sobre la cuartilla un esquema significativo de la historia del cinema en relación al gesto del actor. Teníamos concluida la fase primera de la evolución.

«Ciclo teatralizante»: En primera línea películas italianas, amplios gestos trágicos, teatrales: Francesca Bertini, Amleto Novelli, Pina Menichelli; primeros años de la guerra. En segunda línea, películas del oeste americano, amplios gestos rústicos, Eddie Polo, cow-boys, caballos, Naturaleza...

El cine, el verdadero cine, con sólo vagos ligamentos teatrales, va a nacer. Y el acontecimiento se realiza, sin duda alguna, en Norteamérica.

Pero no nos separemos del actor. Y, sobre todo, no nos separemos de nuestra gafa, exacta: el gesto.

Eddie Polo, William Duncan, toda la gavilla innumerable de «buenos» y «malos» que galopaban ante el objetivo en las famosas películas de episodios, desaparecen del «écran». Ellos. El género no desaparece todavía. Aún ha de dar mucho juego. Pero el actor se hace menos rústico, más cuidado: «se estiliza». El cow-boy es, ahora, Cayena o Tom Mix, que traen consigo una preocupación—muy pequeña!—de arte. En el siguiente peldaño hacia la reducción del gesto, la preocupación de arte aumenta considerablemente. El siguiente peldaño es Douglas Fairbanks. Gesto amplio, gesto libre, risa franca, joven, abierto. Todo ello, empero, estilizado. La acción se hace ya urbana en vez de rústica. La tragedia pasa a comedia. Douglas hermana ya con un género de obras cuyos protagonistas—héroes gimnastas, sonrientes, audaces—se distancian en absoluto de las películas de episodios. Son las películas de Charles Ray, de Tom Moore, de Richard Talmadge. Reducid el gesto y la movilidad a estos héroes. Cerradles un tanto el gesto demasiado franco. Suprimid de sus obras carreras y saltos gimnásticos y daréis en un género todavía en boga. Comedietas finas, ligeras, agradables. Las comedietas de Monte Blue y Douglas Mac Lean. (En el terreno de lo francamente cómico, Tomásín sería el paralelo de Douglas: amplitud de gesto; Max Linder el de Mac Lean: gesto reducido).

Hemos expuesto los jalones principales de la evolución del gesto hacia

su reducción. El lector puede apreciar bien su descenso comparando el gesto de Mac Lean o de Monte Blue, tan pintorescamente expresivos.

En cuanto a la reducción absoluta del gesto, el arte cómico cuenta con una genial y definitiva realización: el rostro inmóvil de Buster Keaton (Pamplinas).

Así como para estudiar la evolución del gesto, en el género humorístico, hemos partido de las cintas del oeste americano, al estudiar la misma evolución en el arte trágico del cinema, tomaremos como punto de partida un momento paralelo al anterior: la cinematografía italiana en los tiempos en auge para la Bertini, la Menichelli, la Jacobini... (figuras alargadas, terciopelos negros, ojeras profundas, retorcimientos ante el objetivo: Francesca Bertini ídolo de las porteras de 1914...)

Gestos amplios, tragedias, Italia, 1914, 1915, 1916... Y en seguida: América. El gesto sufre en seguida un cambio; la evolución hacia el gesto mínimo se realiza; pero sin brusquedades. Todavía Pola Negri y Antonio Moreno tienen algo de la escuela italiana. Lon Chaney fia toda su labor de trágico a la caracterización; el gesto no es sino el complemento. John Gilbert, ya de escuela americana, tiene, todavía, un gesto amplio, sin llegar al máximo. Luego, la línea de reducción del gesto podría marchar sobre estos jalones: John Barrymore, Alice Joyce, Rodolfo Valentino, Alice Terry, Lionel Barrymore, Ivan Mosjoukine... En la cumbre del gesto mínimo, la admirable Lillian Gish, actriz capaz de concentrar toda una tragedia en un leve parpadeo o en un breve movimiento facial.

HACIA LA DESAPARICION DEL GESTO?

He aquí esta cuestión: ¿caminamos hacia la desaparición del gesto? (facial, se entiende). El cinema, lo ha dicho Abel Gance, es imagen expresiva, sobre todo. El arte del cinematógrafo y el del cineasta deben realizar la sugerencia de la acción instintivamente, es decir, por medio de la imagen. Pues bien, hasta ahora, la idea del instante era sugerida al espectador por el gesto del rostro. Modernamente, hay una tendencia a substituir al rostro del protagonista por una imagen en «grand plain» que haga sus veces, en especial cuando transcurra una escena que pueda dar al film un tono melodramático o sangriento.

En «Los diez mandamientos», película que marca una etapa en muchos sentidos, se representa la escena en que Nita Naldi cae al suelo, haciendo ceder una a una las anillas de una cortina, a la que se supone está ella cogida. En muchas cintas modernas las escenas de lucha están suprimidas; sólo se filma, por ejemplo, la sombra de los contendientes, proyectada en una pared. En «Varie-

Una opinión valiosa

David Belasco, venerable dramaturgo, escritor y productor teatral, cuyas opiniones han sido siempre muy solicitadas en todo lo concerniente al teatro y que raramente consiente que sean publicadas, escribió a David W. Griffith la siguiente carta, después del estreno de «Ruidos de amor», al que Mr. Belasco asistió; carta que ha autorizado que sea utilizada en todas las ocasiones que se considere conveniente: «Querido Mr. Griffith: Su exquisita obra «Ruidos de amor», me causa la impresión de que es la más preciosa gema de su corona de gloriosas producciones. Nunca una historia de amor ha sido tan atractiva, ni tan emocionantemente relatada. El encanto de «Manón Lescaut», de «Paolo y Francesca» y de todas las grandes historias de amor del pasado, está condensado en esta película, que de toda la cual emanan palpitaciones de vida. En la literatura de las edades, en la prosa y en la poesía, el relato del amor entre un hombre y una mujer, no ha sido nunca tan perfectamente expresado. Ahora ya se por qué es usted considerado como el artista supremo para trasladar a la pantalla una historia de amor.

Si cada idea, se concibe, para estimular la imaginación y las emociones de la humanidad, «Ruidos de amor» lo ha conseguido por completo. Desafío a quien quiera que sea a que la vea sin sentir los precipitados latidos de su corazón. Es una película que intensifica el sentido de la belleza y del amor, y puedo asegurar que cuando salí del teatro, mi corazón henchido me hacía ver a las mujeres más hermosas que nunca. Estoy seguro de que todo el público, consciente o inconsciente, sintió la misma sensación. Yo estaba realmente emocionado; ninguna obra teatral o cinematográfica de ningún país del mundo ha presentado tal serie de superiores espectáculos, muchos de ellos deslumbrantemente hermosos. Si el escenario no fuera tan físicamente limitado y algunas de estas escenas pudieran ser trasladadas a él, ¡cómo América y Europa se llenarían de admiración!

¡Y el trabajo! ¡Y aquél amante!... ¿Qué muchacha podría evitar el enamorarse de él. Todo el que ame la buena caracterización, todo el que ame la belleza, todo el que ame al amor, verá esta película... y todos los verdaderos amantes de la cinematografía y de las demostraciones de arte, se unirán para coronar a usted con el laurel que se concede al conquistador, ¡usted lo ha ganado, querido y maravilloso David Wark Griffith! ¡Yo le saludo!».

... una mano crispada dice más que todos los gestos faciales. De cada vez más se marcha al aprovechamiento de cualidades sugeridoras de los pequeños detalles. Por ellos puede marcharse gradualmente a la supresión de los rótulos, de cada vez más innecesarios, en las cintas modernas, en que la imagen expresiva lleva a los espectadores del film su significación exacta y pura. GUILLERMO DIAZ PLAJA

Un sombrero de paja, de Italia

Una hermosa mañana del mes de agosto de 1895, el acaudalado rentista Jules Fadinard, atravesaba, en cabriolet, el bosque de Vicennes. Restallaba alegremente el látigo, más para animar que para castigar a su caballo, mientras tarareaba un cuplet de moda. Jules Fadinard tenía razones excelentes para estar alegre; dentro de pocas horas sería el feliz esposo de Elena Nonancourt, hija de un rico jardinero de Charentonneau, eventualidad esta, que hubiera alegrado a más de uno en su lugar. Decimos, pues, que contento, alegre y optimista, Fadinard restallaba, chasqueaba y manejaba, en fin, el látigo con tanta audacia, que éste, al iniciar un restallido más audaz que los anteriores, se enroscó de pronto en las ramas de una de las encinas que bordeaban la carretera y, escapándose de la mano del alegre auriga, cayó al suelo. Fadinard detuvo su caballo, que llevado de su impulso, corrió todavía un centenar de metros; descendió del coche y corrió a recoger su látigo, que había quedado a bastante distancia, al borde de la carretera.

Cuando volvió, se ofreció ante sus asombrados ojos un espectáculo insospechado: su caballo tenía entre sus dientes los maitrechos restos de un hermoso sombrero de paja de Italia, que había descolgado del arbusto que le servía de percha, y que, ¡ay! había casi devorado. En este momento, un oficial de húsares hizo su aparición en escena saliendo de detrás del arbusto y lanzó un grito de horror a la vista del destrozado sombrero.

—¡Esto es increíble! ¡Me debe usted una reparación, caballero!—vociferó.

—¡Ahí van veinte francos! Creo que...

—¡Es usted un gresero!

La disputa iba tomando caracteres graves. Fadinard, que no quería de ningún modo tener cuestiones el día de su boda, decidió saltar al coche, y empujando las riendas se alejó en dirección a París.

Pero el teniente Tavernier no estaba dispuesto a que las cosas quedaran así. Hizo señas a un cochero para que se acercara con su fiacre, en el que montó con Anaís, la bella propietaria del sombrero, y le ordenó que siguiera al carruaje de Fadinard.

De este modo, apenas Fadinard había llegado a su casa, cuando fué alcanzado por el furioso Tavernier y por Anaís. El teniente explicó en un tono agrio a Fadinard, que Anaís estaba casada y no podía ir a su casa sin sombrero, porque su marido concebiría las más graves sospechas.

—Yo no veo más que una solución—añadió el teniente—: salga usted inmediatamente por todo París y vea de encontrar un sombrero de paja de Italia exactamente igual, y tráigalo aquí en seguida.

En este momento llegaba una cara-

vana de coches con todos los invitados a la boda, que venían en busca del novio. Anaís ante este contratiempo inesperado, optó por desmayarse. Tavernier, que tampoco contaba con esto, cogió entre sus brazos a Anaís y le prodigó con solicitud toda clase de cuidados. Fadinard se marchó con la comitiva. Este iba a explicar a su suegro el motivo de su retraso, cuando Félix, su ayuda de cámara, llegó apresuradamente para entregarle una tarjeta de Tavernier, cuyo contenido era el siguiente:

«Si usted habla del asunto que sabe, con quién quiera que sea, comprometerá a una mujer casada, y mañana me daré el placer de matarlo en duelo; y si usted no trae rápidamente un sombrero parecido al que usted conoce, hoy tendré el gusto de destrozarle el mobiliario.»

Fadinard no dejó traslucir ni una sola de las palabras contenidas en la tarjeta a su suegro, guardando para sí la historia del sombrero.

El matrimonio siguió su curso; la primera ceremonia en la Alcaldía, luego a la iglesia; Fadinard sorprendió a todo el mundo por su bizarría y esbeltez, no exentas de algo de afectación.

Una o dos veces había logrado escurrirse, sin ser notado, para ir a casa de alguna modista donde creía encontrar el sombrero de paja deseado. ¡Tiempo perdido!

—La paja de Italia es muy rara, señor; el último sombrero de esta clase le he vendido a una de mis clientes, la señora de Beuprethuis. Puesto que, según me parece, es usted un hombre serio, voy a darle su dirección.

Fadinard se disponía a personarse en la dirección indicada, cuando todos los invitados, que seguían sus pasos, lo encontraron y quisieron que no, se lo llevaron a almorzar. Huelga decir, que esta comida, para él, fué el más horrible de los suplicios. Después se bailaron unos laceros, y Fadinard dejándose llevar por el calor y la algazara de la fiesta, comenzaba a olvidar la historia del malhadado sombrero, cuando su fiel criado, Félix, reapareció:

—Señor, le dijo—el teniente está armando un escándalo fenomenal en la casa y ya ha empezado a romper muebles.

Fadinard, en el colmo de la inquietud, largó velas sin decir palabra, y se precipitó en la casa correspondiente a las señas dadas por la modista.

Una vez allí, se encontró en presencia del señor Beuprethuis que lo recibió con una frialdad polar, declarándole de paso que su señora había salido.

Fadinard se obstinaba, y mientras que Beuprethuis quería ponerlo de patitas en la calle, él, no dándose por vencido, empezó a revolver la casa de arriba a bajo, con la esperanza de encontrar el famoso sombrero.

En esto estaba, cuando hicieron

irrupción en aquella casa, de una manera sensacional, los invitados con la alegría reflejada en sus rostros a causa de las continuas libaciones. La indiscreción de un doméstico, les había permitido conocer el paradero de Fadinard.

No obstante sus contratiempos, en una pieza vecina, el recién casado, trataba de enternecer al señor de Beuprethuis contándole la grotesca, para él tan trágica, historia del sombrero.

El señor de Beuprethuis comenzó, primero, por refirse a mandíbula batiendo, pero luego, se fué poniendo serio poco a poco, hasta que no pudiéndose contener, se levantó furibundo.

Fadinard, ante este espectáculo, comprendió, aunque demasiado tarde, que la señora Beuprethuis no era otra que la bella Anaís, a cuyo desgraciado marido acababa de contar la historia de su desventura. Huyó, más bien que se fué, llevando en pos a los invitados, mientras que el señor de Beuprethuis, empujando dos pistolas, trataba de ir en busca de Fadinard, cuya dirección ignoraba.

La casualidad vino a favorecerle. Un anciano, tío del novio, y sordo como una tapia, se había quedado algo rezagado de la alegre comitiva. El señor de Beuprethuis, después de improbos esfuerzos y mediante un cómico idioma universal, por signos, pudo enterarse, por medio de este sujeto, de las señas apetecidas. Fadinard, que había llegado a su casa jadeante y sudoroso, tuvo apenas el tiempo preciso para indicar a los dos culpables que el marido burlado estaba enterado de todo y seguía de cerca sus pasos. La sensible Anaís, tomó el partido, habitual en ella y en estos supuestos trances, de desmayarse, cayendo según costumbre, en brazos de Tavernier.

Este, estaba a punto de castigar con mano dura a Fadinard, cuando le detuvo un grito de alegría lanzado por éste al descubrir entre los regalos ofrecidos a su joven esposa, un sombrero de paja de Italia, exactamente igual al sombrero de marras. Era un regalo del anciano tío del novio.

—¡Salvados! ¡Estamos salvados!—exclamó.

Un minuto más y todo estaba perdido. El señor de Beuprethuis entraba en aquel momento empujando, con mano trémula, dos pistolas. Mas al ver a su esposa con el sombrero intacto, creyó estar soñando, para llegar a la conclusión de que la historia contada por Fadinard era una mentira. Volvió a su casa contento y satisfecho y un poco avergonzado de sus actos. Fadinard pudo, por fin, explicar a su suegro la razón de su extraña actitud, y una vez recogidas todas las felicitaciones que se deben a un hombre galante, salió en compañía de su esposa al domicilio conyugal, lindo nido que de allí en adelante sería testigo de aquel peregrino amor.

REPORTAJES

Lo que cuenta Paulette Duval, a su regreso de América

Una de las principales cosas que he de hacer resaltar es cuanto he podido apereibir la manera de trabajar de los americanos; la interpretación en aquellas tierras se lleva a cabo después de una minuciosa selección.

La única cosa que los americanos no han llegado todavía a comprender es el papel de la francesa a quien ellos llaman «la mujer fatal»; no ven en ella más que a la mujer «mala», odiosa, de instintos perversos, que trama maquinaciones diabólicas para hacer fracasar todas las iniciativas generosas. Yo hice observar un día a un «metteur» americano que una «mujer fatal» no era, en Francia, un ser fastidioso y malo, sino la mujer que, con artes o sin ellas, inspira una pasión; pero no estoy muy segura de haber sido comprendida.

En Hollywood no saben emplear las artistas cuando éstas son morenas y buenas mozas, aunque tengan un maravilloso encanto. Nunca he tenido yo un papel en el que me haya podido lucir desarrollando mis cualidades; siempre he hecho cosas contrarias a mi voluntad, y ya se sabe que no es posible acabar bien un trabajo cuando se hace lo contrario de lo que se desearía.

Mis principios en los «Zingfields Follies», a mi llegada a América, fueron los que marcaron la etapa más sorprendente de mi carrera artística, en el sentido de que estando allí las mujeres más bellas del mundo, se daba el caso de elegir a cualquier diminuta e insignificante «girl» entre los millares de solicitantes. Cuando ví a todas aquellas mujeres tan admirables, mi primer pensamiento fué volver a coger el buque que me había traído y regresar a mi procedencia.

El director de los «Zingfields Follies», trató de hacerme comprender que era preciso, para obtener un gran éxito en América, trabajar en «sketch» noticiándome que ya me había encontrado uno en el que debía salir muy ligera de ropa y en traje de baño. Rechacé con energía el papel que se me adjudicada y me contenté con bailar, con lo que conseguí un gran triunfo.

Otra cosa que me ha perjudicado mucho ha sido el desconocimiento total que del inglés tengo, lo que hacía que a mí me pareciera punto menos que imposible aprender en algunos días, para trabajar en el «sketch» antes mencionado, una lengua para mí tan difícil.

Mi paso por «Zingfield Follies» fue muy corto, puesto que tuve la suerte de ser recogida por Valentino para desempeñar el papel de Mme. de Pompadour en «Monsieur Beaucaire». En-

tonces fué cuando tuve la repentina idea de partir a California y probar mi suerte. Se dijo de mí, a propósito de este film: «Paulette Duval, no cabe duda, que es francesa de pies a cabeza en «Monsieur Beaucaire», lo cual me hizo mucho daño, porque, desgraciadamente y por más que se haga, los franceses en América no tendremos nunca el aire de los americanos e ingleses.

Tan pronto como llegué a Hollywood, firmé un contrato por tres años con la «Metro-Goldwyn», donde encontré personas exquisitas; puedo decir que es de allí de donde guardo mi mejor recuerdo de mi permanencia en América.

No encontré a mi alrededor, en es-



COLLEEN MOORE

ta inmensa ciudad del cine, más que amabilidades y delicadezas, que todo el mundo se disputaba en prodigarme cuando ya me consideraba perdida. Mis principios fueron rodeados de paciencia y amabilidad, y estoy satisfechísima de poderlo decir.

El error inicial que cometemos casi todos los artistas es el de ir a un país cuya lengua no conocemos, lo que constituye el más serio inconveniente y nos sitúa en un plano inferior al ocupado por los indígenas o extranjeros que la conozcan. En estas condiciones, es preciso que el «metteur» suenoq Antu usueq «eupos ue ineq luntad para dirigir a un artista que no comprende absolutamente nada y le mira con ojos asombrados...

La equivocación de los artistas fran-

ceses o extranjeros en general, es creer que basta ir a América para llegar a ser, al cabo de muy poco tiempo, una Pola Negri o un John Gilbert, cuando en realidad, en su patria no eran nada o casi nada; yo no recuerdo haber visto nunca a un gran artista francés venir a Hollywood a trabajar en películas. He visto, sin embargo, artistas de talento que abrigaban esta esperanza, y no han tenido ni el valor ni la paciencia suficientes para esperar, como dicen los americanos, «que pasará su suerte», y estos son los que más amargados están contra los productores americanos, cosa manifiestamente injusta desde cualquier punto de vista que se la mire.

Cuando una extranjera llega allá, si tiene la suerte de «rodar» inmediatamente en una película, ya está «lanzada». Mas si, por el contrario, no la tiene, es temible; la cosa presenta caracteres más serios. Así le sucedió a Renée Adorée, que ha tardado seis años largos antes de poder llegar a trabajar en «El gran desfile».

Esto es como la lotería. Pronto se sabe si se cobra premio o si no hay ni aproximación.

Desde el punto de vista de los contratos nada tengo que decir, puesto que durante mi larga estancia en Hollywood todos han cumplido conmigo a maravilla; siempre he tropezado con personas honradas; a mi alrededor no he visto nunca ni una indelicadeza ni un mal gesto por lo que a los contratos se refiere; la probidad es una ley en el Estudio.

La vida, en los Estudios americanos, transcurre agradablemente. Primeramente estos Estudios están rodeados de jardines, lo que ya los hace deliciosos. La hora de la comida es extraordinariamente pintoresca y divertida; a esa hora se pueden ver a todas las grandes «vedettes» de la pantalla y a los directores; es encantador y se experimentan momentos muy agradables.

Añoro mucho América, donde la mujer, no solamente tiene el derecho a vivir bien, sino a llevar todo el lujo que quiere o necesita, por su propio trabajo. Guardo un recuerdo de este país que difícilmente se borrará de mi espíritu.

Se dice que en América los artistas franceses no fraternizamos, y esto es un error. Formamos, por el contrario, una colonia muy unida y divertida, en la que el que puede ayuda al que no trabaja. Podría citar mil ejemplos sobre el particular del tiempo que pasé en los Estados Unidos del otro lado del Océano.

PAULETTE DUVAL



George O'Brien en una sugestiva escena del film Fox «Tenors del Mar»



La estrella Mary Duncan,
una de las protagonistas del
film Titán Fox «Cuatro Diablos»,
cuya dirección está encomen-
dada al célebre Murnan



Tom Mix, con su esposa y su hija que se halla actualmente en París



Una deliciosa escena de la película de gran espectáculo «El Carnaval de Venecia», del Programa Gaumont, con María Jacobini y Malcolm Todd





La artista india Gwendely Lee, que forma parte del elenco de la M. G. M.,
en la playa del Lido



Thelma Todd, nueva actriz de la First National